imaginado; llegaron a un patio muy grande, que era recámara de los ídolos, que fue la casa de Axayacatzin, padre de Motecuhzuma; a la puerta tomó el rey de la mano a Cortés, metióle dentro a una muy gran sala, púsole en un rico estrado de oro y pedrería, y díjole: en vuestra casa estáis, comed, descansad y habed placèr, que luego vuelvo. Fernando Cortés, sin responderle palabra, le hizo gran reverencia. Y éste fue el recibimiento que aquel poderoso príncipe hizo en esta gran ciudad de Mexico, a ocho de noviembre de el año de mil quinientos y diez y nueve, a Fernando Cortés, el cual fue aposentado con su gente, castellanos e indios, en una tan gran casa, que aunque parece increíble había salas con sus cámaras que cabía cada uno en su cama, ciento y cincuenta castellanos; y lo que era mucho de ponderar que con ser tan grande la casa estaba toda ella, sin quedar rincón, muy limpia, lucida, esterada y entapizada con paramentos de algodón y pluma de muchos colores, con camas de esteras con sus toldillos encima; porque a nadie se daba más cama por gran señor que fuese, porque no la usaban. En todos los aposentos había fuego con perfumes y tantos hombres de servicio en cada parte que se mostraba bien la grandeza de aquel príncipe. Ido el rey, señaló Fernando Cortés el aposento a cada uno; puso el artillería frontero de la puerta; y cuando hubo ordenado lo que era menester, sirviéndole los principales de los oficios que suelen tener los tales en casas de grandes señores, los demás por el autoridad y respeto de Cortés y por lo que entonces convenía, estaban arrimados a las paredes. Finalmente, después que todos hubieron comido y reposado volvió Motecuhzuma y le salió a recibir Cortés; fueron juntos hasta el estrado y sentados entrambos, en presencia de muchos caballeros mexicanos y de los principales capitanes y soldados de Cortés, Motecuhzuma dio a Fernando Cortés muchas y muy preciosas joyas de oro, plata y pluma y seis mil ropas de algodón, muy ricas; y dándole las gracias por tan gran presente en que mostró Cortés mucha discreción y urbanidad, Motecuhzuma, volviéndose a Fernando por las lenguas de Aguilar y Marina, dijo lo siguiente:

CAPÍTULO XLVII. *De lo que el rey Motecuhzuma dijo a Cortés y lo que Cortés le respondió, y cosas que en esta vista pasaron*

EÑOR CAPITÁN VALEROSO y vosotros caballeros que con él venisteis, testigos hago a los caballeros y criados de mi casa que huelgo mucho de tener tales huéspedes para poderos hacer la cortesía, según vuestro merecimiento; y si hasta ahora os rogaba que no viniésedes a Mexico, era por el gran miedo que los míos tenían de los vuestros; porque aliende de cada uno de ellos puede vencer a muchos de los nuestros, los espantábades con la novedad de vuestros trajes y personas y de esos animales que traéis mayores que venados; y porque con los rayos de el cielo haciades

temblar la tierra; y porque decían que con las espadas dais tan grandes heridas que partíades los hombres por medio. Contábase también que éra-des muy amigos de lo ajeno y deseosos de mandarlo todo; que veníades con gran sed de oro y plata; y que cada uno de vosotros comía por diez de los nuestros y otras muchas cosas que nos ponían en cuidado para no dejaros entrar en estos reinos; y porque ya soy certificado, por la conversación que los míos han tenido con los vuestros, que sois hombres mortales como nosotros aunque más valientes y bien acondicionados amigos de vuestros amigos, sufridores de trabajos y que no habéis hecho daño sino con muy gran razón, defendiendo vuestras personas, amparando los que con necesidad vienen a vosotros. Yo que he visto los caballos, que son como ciervos grandes y los tiros que parecen cerbatanas, tengo por burla lo que de vosotros al principio me dijeron tanto que aun los tlaxcaltecas, vuestros amigos, estuvieron de este parecer; ahora, como desengañado, no sólo os tengo por muy grandes amigos, pero por muy cercanos parientes; porque mi padre dijo que oyó al suyo que nuestros pasados y reyes, de quien yo desciendo, no fueron naturales de esta tierra sino advenedizos, los cuales, viniendo con un gran señor, que desde ha poco se volvió a su naturaleza, como más poderosos señorearon esta tierra que era de los otomíes o chichimecas; y al cabo de muchos años este señor tornó por ellos; pero no quisieron volver por haberse casado aquí y tener hijos y mando. Volvióse aquel señor muy descontento de ellos y les dijo a la partida que enviaría sus hijos para que los gobernasen y mantuviesen en paz y en las leyes y religión de sus padres; y que si esto no aceptasen de su voluntad por fuerza serían a ello compelidos. Por esto hemos siempre creído que algún día vendrían los de aquellas partes a nos sujetar y mandar y así creo yo que sois vosotros, según de donde venís y la noticia que ese gran rey que os envía tiene de nosotros. Por tanto, señor capitán, sed cierto que os obedeceremos si ya no traéis algún engaño, y partiremos con vos lo que tuviéremos; y si aquello que he dicho no fuese tan cierto, por sola vuestra virtud sois merecedores que se os haga todo buen tratamiento, y si traéis creído que soy dios, y que como algunos falsamente dicen, me vuelvo cuando quiero en león, tigre o sierpe, es falsedad, porque soy hombre mortal como los otros; y diciendo esto se pellizcó en la mano y dijo: tocad mi cuerpo, que de carne y hueso es; bien que como rey me tengo en más por la dignidad y preeminencia en que los dioses me pusieron. También habrán afirmado los de Cempoalla, Tlaxcalla y Huexotzinco, que los tejados y paredes de mis casas son de oro (de los cuales, con vuestra venida algunos se me han rebelado, aunque yo quebrantaré presto su soberbia); las casas ya veis que son de barro y palo y algunas por mucha estimación de cantería; en lo demás verdad es que tengo tesoros y riquezas, heredados de mis padres y abuelos, guardadas y conservadas de gran tiempo a esta parte; hay en ellos mucha plata, oro, perlas, piedras preciosas, joyas riquísimas, plumas y armas, como suelen tener los reyes, que son de antiguo principio, lo cual todo vos y vuestros compañeros tendréis y gozaréis, cada y cuando que lo queráis; porque para vosotros lo tengo guardado. Y en el punto que esto

decía se enterneció tanto que no pudo tener las lágrimas y concluyó diciendo: entre tanto holgad que vendréis cansados; a lo cual Fernando Cortés, haciendo gran comedimiento con semblante alegre le respondió lo siguiente:

Príncipe muy poderoso, no pienses que mi venida ha sido sino por conocerte y saludarte de parte del rey de Castilla y de León, mi señor, que tiene gran noticia de tu grandeza; y cuanto más apartado está de ti tanto más te desea tener por amigo y especialmente me envió a comunicar contigo cosas de su religión; porque a ti y a los tuyos tiene por muy engañados; y así desea que tú y ellos salgáis de la ceguedad en que el demonio os tiene. Comunicaréte también muchas cosas que para el gobierno de tus reinos harán mucho al caso; porque como os faltan las letras no habéis podido tener conocimiento de las ciencias que los antiguos nos dejaron, en las cuales están escondidas las leyes y preceptos para vivir virtuosamente y tener fijo principio para saber lo que conviene a la salud y remedio de las almas que son inmortales y forzosamente con la muerte, dejando sus cuerpos, han de ir a dar estrecha cuenta de el mal o bien que hicieron a un solo Dios, juez verdadero que a los que bien vivieron dará para siempre descanso y a los que mal, para siempre tormento. Por manera que si me escucharas y bien entendieres lo que adelante te diré, tendrás por dichosa nuestra venida y estarás en obligación grande al rey de Castilla por haberme enviado a ti; y cierto que si no confiara mucho de tu natural bondad, no hubiera porfiado tanto en quererte ver y saludar; y yo me he desengañado de lo que de ti me habían dicho, pues veo por mis ojos lo contrario y que eres hombre como nosotros, manso, apacible, humano, justiciero y liberal y en todo príncipe, como por la obra has mostrado, tan cumplido y acabado, que nuestro gran Dios no permitirá que mueras en el engaño e ignorancia en que el demonio te tiene; y sé cierto que aquel gran señor que esperáis es el rey, mi señor, de el linaje y tierra de tus antepasados; y por tanto, como a cosa suya, recíbenos, ámanos y quiérenos, porque no venimos sino a servirte, enseñarte y darte todo contento y placer. Reposa y sosiega tu corazón y no sospeches que hay otra cosa de lo que te decimos; y en lo que toca a ofrecerme tus tesoros te beso las manos por tanta liberalidad y así tendrás por entendido que importa más a tu servicio nuestras personas que el hacienda. Otra causa nos trae con mucho cuidado y deseamos, yo y mis compañeros, saberla de raíz y remediarla, pues de su remedio se estorban infinitos daños; y es que para llegar a esta imperial ciudad venimos por la de Tlaxcalla (como ya sabes) donde nos aposentaron los señores de ella y regalaron con mucho amor y recibiéronnos con mucha humanidad y hicieron amistad con nosotros, y después de otras cosas y buenos tratamientos que nos hicieron, se nos quejaron mucho de que vosotros los mexicanos les hacéis muy grandes agravios y daños incomportables y les dais guerras muy continuas, de manera que ni gozan de la paz ni de la seguridad de sus personas, tierras, ni haciendas y que de continuo los tenéis puestos en grandes trabajos; y me holgaría saber quién tiene la culpa para componerlo con los mejores medios de paz que puedan hallarse para que viviendo en paz os tratéis como hermanos, y esto es lo que tam-

bién deseo y me ha traído a tu presencia con ansias de verlo remediado. Motecuhzuma, que había estado muy atento, perdido todo recelo abrazó a Cortés; de nuevo le ofreció su persona y casa y respondió de nuevo a todo; y despidiéndose de él le preguntó que si aquellos de las barbas eran todos sus vasallos o esclavos suyos para tratar a cada uno como convenía. Dijo que todos los más eran sus hermanos, amigos y compañeros y que entre ellos había unos más principales que otros. Fuese Motecuhzuma, y de las lenguas se informó quiénes eran los más principales y envió a cada uno un presente conforme a su calidad, llevado por personas según el autoridad de aquel a quien se enviaba.

CAPÍTULO XLVIII. *Cómo Fernando Cortés pide licencia al rey Motecuhzuma para ver la ciudad y mercado y el templo mayor; y recaba licencia para hacer una capilla donde se dijese misa; y tuvo aviso de cómo los indios mataron a Juan de Escalante, su teniente, en la Vera Cruz o Villa Rica*

ASADOS ALGUNOS POCOS DÍAS que Fernando Cortés, con gran cuidado anduvo considerando el asiento y fortaleza de la ciudad, y por una parte lo mucho a que se había puesto y por otra las dificultades que se le ofrecían para salir con ello, porque ya le llevaban nuevas temerosas, que aunque procuraba de deshacerlas dando ánimo a los que se las daban, eran por la mayor parte verdaderas. Decían que toda la gente noble trataba con mucho secreto con Motecuhzuma, por formas no acostumbradas, y que se hablaba de matar a los castellanos, lo cual solicitaba el demonio a quien se tuvo por cierto que Motecuhzuma diversas veces pidió consejo, y que le decía que ya era ocasión para que a tan pocos hombres sacrificase y con su sangre honrase a los dioses. No estuvo fuera de este propósito Motecuhzuma, si el ser de su condición natural piadoso y el miedo que tenía a los castellanos no se lo estorbara, porque demás de las victorias de Tlaxcalla, el caso de Cholulla había dado gran reputación a Cortés por toda la tierra y puesto gran miedo en toda la gente. Estando pues Fernando Cortés en tanto cuidado, con mucha sagacidad trataba con los ministros de aquel rey, haciéndose con ellos agradable, procurando que su gente procediese de la misma manera y no diese causa de enojos ni pesadumbres. Pidió que se le diese licencia para ver la ciudad y el mercado y fue a ello bien acompañado; y después entró en el templo mayor de el dios Huitzilopuchtli, adonde estaba el rey, hízole reverencia, suplicóle que le mandase mostrar sus dioses y el culto que se les hacía. Tratólo con los sacerdotes y no habiendo hallado inconveniente le mostraron cuantos había en aquel gran templo. Díjole Cortés que se maravillaba cómo tan gran príncipe y tan sabio, no echaba de ver el engaño de aquellos ídolos y que si le daba licencia que allí pudiese poner una cruz y la imagen de la ver-